

## LA CONQUISTA ESPIRITUAL DE FILIPINAS

POR

NEMESIO RODRÍGUEZ LOIS

La Conquista espiritual de las Islas Filipinas se inició con un episodio digno de ser plasmado por los pinceles del más genial de los pintores.

Era el año de 1565 y una flota que, bajo el mando de Miguel López de Legazpi, había partido desde el puerto de Navidad, llega a la isla de Cebú, muy cerca del islote de Mactán donde, cuarenta años antes, Fernando de Magallanes había muerto a manos de los nativos.

Legazpi llega a Cebú y los aborígenes se aterrorizan. ¿Serían castigados por haber quebrantado el juramento de fidelidad dado a Carlos V, así como por haber dado muerte a Magallanes? ¿Había llegado el momento terrible de la venganza?

Los isleños huyen despavoridos y se esconden al pie de la colina Togoán.

Es entonces cuando Fray Andrés de Urdaneta toma entre sus manos una pintura de la Virgen de Guadalupe que había traído a bordo de la nave «San Pedro» y, acompañado por otros religiosos, llevando a la guadalupana entre sus manos se acerca en son pacífico a los aterrorizados aborígenes.

Ha sido el R. P. don Lauro López Beltrán quien rescató esta decisiva pero poco difundida anécdota, razón por la cual a él le cedemos la palabra en estos momentos:

«Los cebuanos que habían huido despavoridos, al ver la preciosísima pintura de Nuestra Señora de Guadalupe izada por aquel religioso y sus compañeros de hábito que iban hacia ellos sin más armas que aquel estandarte en que aparecía una púdica doncella vestida con modesta túnica color de rosa y un manto

color de cielo, con su rostro humildemente inclinado y sus manos ritualmente juntas, depusieron su temor, salieron de su escondite y a pasos lentos fueron a encontrarse con los apostólicos frailes, primeros apóstoles de la devoción guadalupana en las remotas Filipinas» (1).

Como al principio dijimos, fue aquel un precioso momento histórico, digno de ser plasmado por un artista de la talla de un Miguel Cabrera.

En aquel preciso instante se estaba iniciando de modo pacífico la conquista espiritual de las Islas Filipinas, una conquista espiritual que se encomendaba bajo la amorosa protección de Santa María de Guadalupe.

Muy pronto los isleños entran en pláticas con la gente de Legazpi y, finalmente, sellan un pacto de amistad.

Pocos días después los españoles reciben una agradable sorpresa: encuentran una imagen del Niño Jesús hecha en Flandes, la cual Magallanes había dejado en aquel lugar cuarenta años atrás.

Esta imagen la había regalado el pintor italiano Antonio Pigafetta a la reina de Cebú, la cual se la había pedido a Magallanes para reemplazar a sus ídolos.

Legazpi adora públicamente la Sagrada Imagen y ordena que el Santo Niño sea venerado en la primera iglesia que en el futuro se construya.

Han pasado los siglos y es hoy el día en que en la Catedral de Cebú aún se venera una reliquia que puede considerarse como la primera semilla del Evangelio en el archipiélago filipino: el Santo Niño de Cebú.

Al tratar acerca de los primeros evangelizadores que llegaron a las Filipinas hemos mencionado al fraile agustino Andrés de Urdaneta cuya biografía es tan apasionante como la mejor novela de aventuras.

Andrés de Urdaneta había nacido en Villafranca de Oria

---

(1) *Patronatos Guadalupanos*, Editorial Juan Diego, 1.ª edición, México, 1953, pág. 94.

(Guipúzcoa), en 1508 y tenía 17 años cuando trabó amistad con un ilustre coterráneo suyo, Juan Sebastián Elcano, el hombre que había alcanzado la inmortalidad por haber sido el primero en haberle dado la vuelta al globo terráqueo.

La imaginación del adolescente se enciende con la narración de las fantásticas historias contadas por su coterráneo y, sin pensarlo dos veces, se embarca en una expedición que, bajo el mando de Fray García Jofre de Loaisa, parte hacia el Pacífico.

No tiene caso narrar la serie de aventuras y desventuras que el bravo guipuzcoano pasó en aquellos mares. Baste decir que aún no cumplía los veinte años de edad cuando era ya un marino experimentado que conocía con gran detalle el clima, las costumbres, flora, fauna y geografía de aquellas regiones.

Regresa a España, vuelve a embarcarse y, tras una serie de peripecias en Santo Domingo y Guatemala, decide radicar definitivamente en la Nueva España donde el virrey don Antonio de Mendoza le nombra corregidor de los pueblos de Avalos, que eran una vasta comarca que comprendía parte de los actuales estados de Colima, Jalisco y Michoacán.

Es en la zona de Michoacán donde tiene oportunidad de tratar con frailes agustinos y es así como decide profesar, lo cual hace en marzo de 1553 en el Convento de San Agustín de la ciudad de México.

Se encontraba disfrutando de la paz del claustro cuando, en 1559, una carta del rey Felipe II le ordena incorporarse a la expedición que, desde la Nueva España, saldrá con rumbo a las Islas del Poniente.

Fue así como, bajo el mando de Miguel López de Legazpi, llegó nuevamente Urdaneta a las Filipinas. Era el año de 1565.

Una vez consumada la conquista de las principales islas del archipiélago —especialmente la de Luzón— los expedicionarios se propusieron buscar una ruta de regreso a la Nueva España.

Y es que de nada servía que el archipiélago fuese conquistado, evangelizado y colonizado, si no se hallaba una ruta de regreso que comunicase a las Filipinas con el resto del Mundo Hispánico.

Era necesario encontrar una ruta por el Pacífico del Norte que uniese un puerto de la isla de Cebú con la bahía de Acapulco.

Solamente de esa manera se podía garantizar que los primeros españoles y mexicanos llegados a las Filipinas no quedasen aislados sino que, detrás de ellos, llegaran más soldados, frailes y todo lo necesario para edificar una nueva nacionalidad sobre bases firmes.

Era imprescindible hallar una ruta de regreso. Eso era lo que se llamaba el tornaviaje.

Legazpi encomendó al Padre Urdaneta que descubriera la ruta de regreso a la Nueva España.

El 10 de junio de 1565 la nave «San Pedro» zarpa del puerto de Cebú. Urdaneta había trazado de antemano el itinerario.

Urdaneta sostenía una curiosa teoría náutica: si las corrientes de vientos cerca del Ecuador iban de este a oeste, en el norte y en el sur debía de haber otras que fueran en sentido contrario. El fraile las situaba por encima de los cuarenta grados norte.

Las anteriores expediciones que habían llegado hasta las Filipinas, al intentar el regreso habían encontrado vientos en contra, o sea aquellos que soplaban de este a oeste. Por lo tanto, regresar a esa altura era navegar contra el viento y exponerse a un seguro naufragio.

En cambio, si se enfilaban proas hacia el norte, a más de los cuarenta grados de latitud norte, se podrían aprovechar lo que hoy conocemos como vientos alisios, que son lo que soplan desde los polos hacia el Ecuador. Navegando conforme a ellos no había ningún problema.

Esa era la teoría de Urdaneta. Decidió probarla por medio del tornaviaje. De si esta teoría resultaba acertada dependía la posibilidad de establecer en Asia una colonia hispanocatólica.

Tras varios meses de ver sólo mar y cielo, el 26 de septiembre vieron las costas americanas de la Alta California. En esos momentos se abrían para España, México y la Iglesia católica los caminos del Océano Pacífico y del Oriente pagano.

Llegaron a Acapulco el 8 de octubre. La hazaña estaba consumada. Era un hecho que el regreso de Oceanía era posible. Mérito indiscutible de Fray Andrés de Urdaneta.

Comentando esta proeza náutica nos dice Mariano Cuevas, S. J., que «ojalá se pudiese precisar el punto mismo donde terminó el heroico viaje para levantar en él, hecha de buen bronce, una estatua al monje y marino. Aparecería con la mano derecha apretando un Crucifijo, mientras su brazo izquierdo reposaría en un áncora con sus amarras. Sus ojos mirando al cielo.

«Figuren en su pedestal, prisma de seis caras, los escudos de México, España, Filipinas, Villafranca, Acapulco y el de la Orden de San Agustín, porque después de cuatro siglos, Urdaneta es legítima gloria de todos ellos» (2).

A partir del momento en que el Padre Urdaneta encuentra una segura ruta de regreso, las cartas de navegación sufren una transformación radical.

Se había encontrado un camino duradero que durante un cuarto de milenio uniría a las Filipinas con la Nueva España.

Gracias a la hazaña de Urdaneta, fue posible consolidar la conquista de Filipinas y lograr una ruta continua para la corriente de soldados, colonizadores y misioneros que en lo sucesivo empezaron a llegar desde la Nueva España.

«Pudo Urdaneta quedarse en España en espera de mitras o de recompensas por su hazaña, mas el agustino pidió únicamente regresar a su convento de la ciudad de México. De hecho pertenecía ya, como otros tantos, al Nuevo Mundo. De España había salido siendo un adolescente. Su nueva patria era México. Concedido el permiso para volver a la Nueva España, no esperó más. No tenía otra ambición que dedicarse al servicio de Dios. Los últimos años de su vida terrena estuvieron consagrados a la oración en su convento de San Agustín de la ciudad de México. Murió a la edad de 60 años el día 3 de junio de 1568» (3).

(2) *Monje y Marino*, Editorial Layac, 1.ª edición, México, 1943, pág. 271.

(3) FRANCISCO SANTIAGO CRUZ, *La Nao de la China*, Editorial Jus, 1.ª edición, México, 1962, págs. 68 y 70.

Los primeros religiosos que pasaron a las Filipinas fueron los agustinos que venían con Legazpi y Urdaneta. Cuando éste regresó a la Nueva España buscando su famosa ruta del tornaviaje, un pequeño grupo de estos frailes se quedó con Legazpi y dio los primeros pasos tendentes a la evangelización de los naturales.

Primeramente erigieron una iglesia en Cebú y se dedicaron a instruir a los nativos. Fueron bautizados algunos jefes indígenas y al llegar un nuevo contingente de misioneros pudieron pasar ya a Luzón y Panay.

«A López de Legazpi», nos dice el historiador Francisco Morales Padrón, «sólo le falta fundar la población capital. Escogió el sitio indicado y el día 24 de junio de 1571 para llevarla a cabo. Manila se llamó la ciudad cuya primera piedra puesta por manos hispanas bendijo el provincial agustino Fray Diego de Herrera. Manila quería decir 'donde hay nilad'. Y nilad era un árbol que abundaba en aquellas orillas del río Pasig, auténtica cuna de la esencia de España en Oceanía» (4).

Como dato anecdótico diremos que fue el arquitecto Juan de Herrera, constructor del Monasterio de El Escorial, quien firmó los planos que el rey Felipe II le envió a Legazpi para edificar en Manila una iglesia, un convento, una casa de gobierno y ciento cincuenta casas para colonizadores que muy pronto llegarían desde México.

Cuando Legazpi murió, en agosto de 1572, los agustinos habían edificado ya en Manila su primer convento. Cinco años después, en 1577, llegaban los franciscanos.

En 1579 Manila se erige en sede episcopal y se nombra como primer obispo al dominico Fray Domingo de Salazar, quien trajo consigo varios frailes de su orden.

Fray Domingo de Salazar, a quien se debe el establecimiento de la Iglesia jerárquica en Filipinas fue uno de los muchos discípulos del gran teólogo Fray Francisco de Vitoria, lo cual nos

---

(4) *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, Editora Nacional, 1.ª ed., Madrid, 1973, págs. 377 y 378.

da una idea de la categoría intelectual de los personajes que la Corona Española recomendaba para ocupar puestos importantes en el Nuevo Mundo.

«Los discípulos de Vitoria», nos dice el historiador Fray Santiago Rodríguez, O. P., «influyeron de manera determinante en la vida religiosa, cultural y política de su época, tanto en Europa como América. En Trento fueron estrellas fulgurantes, que iluminaron el mundo durante muchos siglos. A nuestras tierras americanas llegaron muy pronto, como una bendición divina» (5).

De este personaje, el citado autor nos dice que era de origen noble nacido en la Rioja y que, siendo estudiante en la Universidad de Salamanca, ingresó en el convento de San Esteban que los dominicos tenían en aquella ciudad.

Fue el más joven de los discípulos de Francisco de Vitoria que evangelizaron nuestro país. Realizó durante veinte años fecunda labor misionera en la Mixteca y después enseñó Teología en México.

Felipe II lo nombra primer obispo y arzobispo de Manila. Escribió sobre la institución del Santo Rosario y, finalmente, murió en Madrid en 1596.

Nos dice el P. Constantino Bayle, S. J., que «en 1575 se abre el ciclo misionero en grande: pasma, por un lado, el ardor de los religiosos, que en bandadas se ofrecen a la jornada peligrosísima, incomparablemente más dura que la de América, cuanto a la navegación del Pacífico añade la del Atlántico, en aquellas naves incómodas e inseguras, que por término medio se perdían de tres, dos, y de 300 pasajeros, los 200 por naufragio o por el escorbuto y epidemias; y, por otro lado, la liberalidad del rey a quien cada fraile desembarcado en Manila costaba el triple de los que arribaban a Veracruz o Cartagena. De 1575 a 1595, o sea en veinte años, salieron de España para las islas (y señalo desde España, porque muchos, quizás más de otros

(5) *Fray Francisco de Vitoria y el problema americano*, Conferencia sustentada en Cocoyoc (Morelos), el 30 de octubre de 1986, con motivo del Primer Congreso Interamericano de Historia, promovido por FUNDICE.

tantos salían de México) 106 agustinos, 178 franciscanos, 145 dominicos y 25 jesuitas: total, 454 misioneros» (6).

A pesar de que la colonización de Filipinas era un pésimo negocio para Corona de España, Felipe II exponía sus motivos: «*Con tal de mantener una ermita, si más no hubiese, de conservarse el nombre y veneración de Jesucristo, porque las islas de Oriente no habían de quedar sin luz de su predicación, aunque no tengan oro ni plata.*»

Idealismo puro. Un santo afán de llevar la fe de Cristo hasta aquellas islas paganas era el móvil que impulsaba a los reyes de España.

Fue tan rápida e incesante la afluencia de misioneros que llegaban desde la Nueva España que, a principios del siglo XVII, había ya 30 conventos formales, sin contar los curatos y vicarías que dependían de los conventos mayores. La mayoría de las ocasiones, la fundación de un convento equivalía a la fundación de un poblado.

En 1614 los dominicos fundan en Manila la célebre Universidad de Santo Tomás, la cual aún hoy sigue siendo un foco de cultura hispanocatólica en aquel alejado rincón del mundo. Esta Universidad —dicho sea de paso— es la más antigua universidad occidental en el Oriente.

Tras la erección de la sede episcopal de Manila, elevada a metropolitana en 1595, surgen como diócesis sufragáneas las de Cebú, Luzón, Nueva Cáceres y Nueva Segovia.

Entre los misioneros que más se distinguieron encontramos al dominico Miguel de Benavides, al franciscano Juan de Plascencia y al jesuita Pedro Chirino, fundador del primer seminario que existió en Filipinas.

A mediados del siglo XVII, cien años después de su descubrimiento, había en las Filipinas alrededor de dos millones de cristianos.

Esto tenía su importancia, ya que la ocupación y evangeli-

---

(6) *La Expansión Misionera de España*, Editorial Labor, 2.ª edición, Barcelona, 1946, págs. 206 y 207.



zación de las Filipinas no tendía tanto a integrarlas a la Corona Española, sino que más bien lo que se pretendía era contar con una base firme para proyectos más ambiciosos como lo eran la evangelización e intercambio cultural con China y Japón.

Filipinas estaba destinado a ser un punto de enlace entre Oriente y Occidente, entre la fe de Cristo y las diversas religiones paganas que predominaban en aquella zona.

Por eso fue que, tanto España como la Iglesia pusieron especial interés en la evangelización de todos los pueblos del archipiélago.

En vista de que España se encontraba en el lado opuesto del globo terráqueo, la conquista, colonización y evangelización del archipiélago filipino se debió en gran parte a la Nueva España o sea a México.

Como prueba indiscutible de la gran influencia de México en Filipinas tenemos el culto que en aquellas islas se le tributa a la Virgen de Guadalupe.

En 1601 en la isla de Luzón, muy cerca de Manila, se erigió el templo y convento de Nuestra Señora de Guadalupe, el cual fue construido por Antonio de Herrera. Este santuario, a orillas del río Pasig, es uno de los monumentos arquitectónicos más bellos de Filipinas.

Durante cerca de tres siglos los filipinos iban en peregrinación hasta aquel lugar y allí rendían ferviente tributo de amor a nuestra Virgen Morena.

Desgraciadamente, en febrero de 1899, las tropas yanquis que invadieron el archipiélago bombardearon e incendiaron el santuario sin necesidad alguna. A raíz de este infortunado suceso, se perdieron manuscritos, joyas valiosas, libros importantes y la imagen guadalupana que allí recibía culto.

Antonio Pompa y Pompa, autoridad en lo relativo a la devoción que los filipinos sienten por la Virgen de Guadalupe nos proporciona los siguientes datos:

«Don Rodrigo de Vivero, pariente de don Luis de Velasco, segundo virrey de México, cuando fue enviado como Capitán

General de Filipinas, impulsó el culto guadalupano iniciado por Urdaneta y López de Legazpi» (7).

Con el tiempo, el conocimiento y veneración de la Morenita del Tepeyac se extiende a Cebú y Pagsanján (provincia de Laguna), a donde llegó una imagen guadalupana en 1687.

De unos años a esta parte, es mucho lo que se ha insistido acerca de la vocación misionera de México, o sea de la misión que tiene nuestra patria de predicar el Evangelio de Cristo a pueblos que aún desconocen el gran acontecimiento de la Redención.

El hecho de que sea México el único pueblo donde existe un retrato de la Virgen María que ha sido pintado por pinceles que no son de este mundo, así como el hecho de que —a pesar de nuestra muy atormentada historia— aquí se mantenga tanto la fe como la fidelidad al Papa, son claros indicios de que nuestro pueblo habrá de jugar un papel decisivo en la instauración de la civilización del amor.

Dentro de los pueblos del Mundo Hispánico, México está llamado a ser —al igual que también lo fuera España en otros tiempos— la nación misionera por excelencia.

No deja de ser significativo el hecho de que el Papa Juan Pablo II, el evangelizador más grande de los últimos tiempos, iniciara su pontificado misionero visitando precisamente México.

Pues bien, esa vocación misionera de nuestro México se inició hace más de cuatro siglos cuando desde aquí enviábamos frailes hacia el lejano Oriente que allí predicaron a los pueblos paganos la feliz noticia contenida dentro del Evangelio.

Cuánta razón tiene el historiador Fray Lino Gómez Canedo, O.F.M., al decirnos que «por México pasó, desde el siglo xvi, uno de los principales caminos de comunicación entre el mundo occidental y el Extremo Oriente. Por aquí cruzaron —y aquí

---

(7) *Album del IV Centenario Gaudalupano*, Obra publicada por la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, 1.ª edición, México, 1938, pág. 89.

permanecieron durante largas temporadas— navegantes, conquistadores, comerciantes, viajeros curiosos y misioneros» (8).

A bordo de la legendaria *Nao de la China* partieron infinidad de misioneros mexicanos que llegaron hasta Filipinas, allí evangelizaban a los nativos y, posteriormente, marchaban con rumbo a otros puntos del lejano Oriente, especialmente China y Japón.

Uno de ellos es San Felipe de Jesús, el protomártir mexicano, quien es considerado como el prototipo del misionero que México enviaba al Oriente legendario y quien, por ser el más conocido, es considerado como el primer misionero mexicano martirizado en aquellas tierras.

La vida y martirio de San Felipe de Jesús parecen arrancadas de entre las páginas de la más interesantes de las novelas de romance y aventuras: el clásico joven calavera que llega en plan de diversión a las Filipinas, que se hace fraile, que muere mártir en lejano país y que —en prenda de santidad— hace reverdecer una higuera seca.

«Quien no tiene fe no puede entender estas delicadezas de la providencia, lo mismo que quien no tiene un oído musical cultivado no puede gozar una sinfonía. Cuando el cielo dio a México su tesoro mejor, la Virgen en la advocación de Guadalupe, lo dio bellamente, con rosas y un retrato incomparable. Cuando de nuevo le dio un Santo, se lo dio bellamente, haciendo reverdecer la higuera reseca sobre la que el mismo santo había jugado cuando niño» (9).

Ya que mencionamos a San Felipe de Jesús como todo un precursor de la vocación misionera de México en el lejano Oriente, de justicia es mencionar el martirio de un hermano de nues-

(8) *La expansión hispanoamericana en Asia. Siglos XVI y XVII* (Compilación que Ernesto de la Torre Villar hizo del XXX Congreso internacional de Ciencias Humanas en Asia y Africa del Norte, celebrado en México del 3 al 8 de agosto de 1976), Fondo de Cultura Económica, 1.ª edición, México, 1980, pág. 15.

(9) XAVIER ESCALADA, S. J.: *Felipillo*, Imprenta Antonio Murguía, 1.ª edición, México, 1972, pág. 14.

tro protomártir, el fraile agustino Juan de las Casas quien, en 1607, fue muerto a flechazos cuando predicaba el Evangelio en las Islas Filipinas.

Un dato que muy pocos conocen pero que nos habla de la entrega generosa de aquellas familias novohispanas que sabían ser fecundas y dentro de las cuales brotaban infinidad de vocaciones religiosas.

Fray Juan de las Casas —de la Orden de San Agustín y hermano carnal de nuestro muy venerado San Felipe de Jesús— fue otro misionero que nuestra patria envió al lejano Oriente para allá regar con sangre de mártir la semilla evangélica.

Detrás de Felipillo llegaron miles y de estos miles una gran parte eran mexicanos. Hablaremos brevemente de algunos de ellos.

En primer lugar, hay que hablar de dos heroicos compatriotas que —cruzando el Océano Pacífico a bordo de la Nao de la China y haciendo escala en Filipinas— fueron martirizados en Japón durante la primera mitad del siglo XVII.

Se trata del agustino Bartolomé Gutiérrez y del dieguino Bartolomé Laurel quienes fueron beatificados por Pío IX en 1867.

Dos mexicanos que se encuentran en los altares veinte años antes de que naciera el beato Miguel Agustín Pro, S. J., y que, inexplicablemente, han sido relegados al rincón del olvido, siendo que tienen méritos más que suficientes para recibir el culto propio de los santos.

Casi nadie se acuerda de estos dos beatos a excepción de personas muy contadas, entre ellas el canónigo don Luis Avila Blancas, quien, en la sacristía de la iglesia de la Profesa de la ciudad de México, exhibe dos bellas esculturas policromas que él mismo mandó tallar con el objeto de honrar la memoria de ambos personajes.

Asimismo, en la Colonia la Patera, allá por los rumbos de Vallejo y Azcapotzalco, existe —desde el 18 de agosto de 1985— una capilla erigida en honor de estos dos mártires que fue construida gracias a la generosidad del doctor don Juan Mora Ortiz y que es atendida por frailes franciscanos.

Aparte de estos dos testimonios de público reconocimiento al heroico martirio del beato Bartolomé Gutiérrez y del beato Bartolomé Laurel, no sabemos de algún otro santuario o de alguna otra persona que, actualmente, se acuerde de esos dos santos mexicanos que sirvieron de ejemplo a los miles de misioneros que, partiendo desde la Nueva España, se fueron a predicar el Evangelio hasta el Oriente lejano y misterioso.

Refiriéndose en concreto al beato Bartolomé Gutiérrez nos dice su compañero de hábito el historiador y cronista Fray Nicolás Navarrete, O.S.A.:

«Su apoteosis ha sido consumada en el cielo y en la tierra. Allá forma parte del coro de los mártires 'que lavaron sus estolas en la Sangre del Cordero'... Con el beato Bartolomé Laurel, humilde lego franciscano, martirizado también en Nagasaki en 1627, y San Felipe de Jesús, muerto a lanzadas allí mismo en 1597, forma Fray Bartolomé Gutiérrez la trilogía de santidad de la Iglesia y de la patria mexicana, Rosal de Santa María de Guadalupe» (10).

Otros mexicanos ilustres que destacaron en las Filipinas son varios criollos que llegaron a ocupar altas posiciones dentro de la jerarquía eclesiástica de aquel país.

Fray Pedro de Agurto quien nació en la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVI y siendo muy joven fue servidor del obispo Zumárraga. Al morir su protector, tomó el hábito en el convento de San Agustín.

Hizo estudios de Teología y Artes con gran aprovechamiento. Desempeñó por varios años la cátedra de Teología escolástica, sustituyendo en la Universidad de México a Fray Alonso de la Veracruz.

Destacó en el III Concilio mexicano. Fue el primer rector del colegio de San Pablo, prior de México y provincial agustino en 1584.

En 1595 lo designan obispo de Cebú y es así como nuestro

(10) *Historia de la provincia Agustiniense de San Nicolás de Tolentino de Michoacán*, Editorial Porrúa, 1.ª edición, México, 1978, tomo I, páginas 269 y 270.

fraile se embarca en Acapulco con rumbo a las Filipinas en donde brilló por su humildad, ya que actuaba como un simple cura que administraba los sacramentos, predicaba el Evangelio y practicaba con todos la caridad.

Falleció en Cebú el día 14 de octubre de 1608.

Aparte del anterior, desde México fueron otros prelados —mexicanos por supuesto— a quienes se les concedió el honor de colocar sobre sus sienes la mitra de Manila.

Y, así, tenemos a Miguel de Poblete, nacido en la ciudad de México en 1610, quien fue arzobispo de Manila, ciudad a la cual llegó el 22 de julio de 1653.

A Carlos Bermúdez de Castro, natural de Puebla, doctor en Leyes por la Real y Pontificia Universidad de México, quien tomó posesión de la arquidiócesis de Manila en agosto de 1728.

A Manuel Rojo Livián y Viera, nacido en Tula, quien también fue arzobispo de Manila en 1759 y quien, por fallecimiento del gobernador Pedro Manuel de Arandia, se hizo cargo del gobierno de toda la Capitanía de Filipinas.

Al hablar acerca de los ilustres mexicanos que, en su día, tuvieron la oportunidad de gobernar la Iglesia filipina consideramos oportuno mencionar algunas aportaciones culturales que —siempre con finalidad evangelizadora— hizo la Nueva España.

Como todos bien sabemos, en el México del virreinato, el teatro fue un valioso recurso utilizado por los misioneros para presentar —de modo didáctico y agradable— los fundamentos de la fe de Cristo.

Fue así como se pusieron en escena las tradicionales pastorelas que no son más que obras teatrales —cómicas o trágicas según fuese el caso— en las cuales se presentaba un compendio de la historia de la salvación y, dentro de la misma, la gran importancia del nacimiento de Cristo así como las tentaciones que el demonio le va poniendo a la humanidad a todo lo largo de su existencia.

Es un hecho histórico reconocido por todos que, gracias a los diversos recursos evangelizadores utilizados por los frailes

—piñatas, posadas o pastorelas—, la fe católica echó raíces profundas en el alma del México mestizo que se estaba formando.

Pues bien, otra de las influencias recibidas por los filipinos, no tanto de la Vieja, sino de la Nueva España, fue también el llamado teatro evangelizador.

En lo que a producción teatral se refiere, destacan las comedias en las cuales siempre entran en acción moros y cristianos. Todo el enredo consiste en que los moros quieren casarse con las princesas cristianas y los cristianos con las princesas moras.

Hablando brevemente de la trama de estas comedias, diremos que suelen iniciarse cuando los padres de una princesa mora convocan a un torneo para que ella escoja a uno de los muchos príncipes que a dicho evento acuden.

Es entonces cuando un príncipe cristiano se introduce entre los moros y lo mismo ocurre con los moros con respecto a las princesas cristianas.

Unas y otras se enamoran de los príncipes extranjeros, sus padres se oponen a estos romances y en esta oposición se pintan los ardides de que echa mano una mujer para lograr su empresa.

El enredo desaparece en el momento en que el príncipe moro se bautiza y se convierte a la fe católica.

Cada una de estas comedias tiene su héroe, quien —cuando suele verse en apuros— sale siempre bien librado gracias a la ayuda de algún Santo Cristo o de alguna otra imagen o reliquia que le dio su madre antes de morir.

Y ya que hablamos de las comedias en las cuales entran en pugna moros y cristianos, prudente será hacer una leve reflexión.

Al igual que en las restantes naciones del mundo hispánico, también hasta las Filipinas llegó la tradición del apóstol Santiago como eterno aliado de los cristianos en su lucha contra los sa-  
rracenos.

Esta tradición que los pueblos hispánicos conocieron por medio de representaciones teatrales o festividades religiosas es un resabio de la Reconquista española.

Sin embargo, entre los filipinos ocurre algo muy peculiar que no se dio en el resto del mundo hispánico.

Cuando se hablaba de la lucha de moros y cristianos, los habitantes del virreinato del río de la Plata o de la Nueva España veían tales luchas como una representación histórica, o sea, algo lejano en el tiempo y en el espacio.

Cosa que no ocurrió en Filipinas.

Cuando se les hablaba a los filipinos de la lucha de moros y cristianos, éstos comprendieron de inmediato la cuestión. Y la comprendieron porque los moros, con todo su fanatismo anti-cristiano, se hallaban entre ellos.

No olvidemos que la isla de Mindanao es musulmana en su inmensa mayoría.

Así, pues, en el momento en que se pone en escena este tipo de comedias, los filipinos no representan una vieja lucha que tuvo lugar quinientos años atrás entre un reyezuelo musulmán y un monarca leonés o castellano.

Nada de eso, el filipino —que para entonces está ya bautizado— siente que los personajes de la comedia están siendo representados por él y que se ajustan por completo a su idiosincracia. A fin de cuentas también él ha sufrido las incursiones y atropellos de los piratas moros que llegan desde las islas cercanas.

La semilla de la fe había arraigado tan profundamente en la Nueva España que daba frutos en poco tiempo. Y esos frutos consistieron en extender e implantar esa fe cristiana en las lejanas y exóticas Islas Filipinas.

Por todo esto es que se dice que la conquista, colonización y evangelización fue mérito indiscutible de la nación mexicana.

A pesar de que la gran meta era China y el resto de Asia, lo cierto es que la fe echaba raíces profundas entre los filipinos.

Pues bien, esas raíces de catolicismo depositadas en el surco filipino muy pronto dieron frutos.

En septiembre de 1637 Lorenzo Ruiz exclamaba ante un tribunal japonés que lo juzgaba en Nagasaki:

— Soy cristiano. Lo confieso hasta la hora de mi muerte y por Dios daré mi vida.



Después de dos días de terribles torturas, murió colgado por los pies. Junto con varios frailes dominicos, este seglar —único casado del grupo, padre de dos hijos y una hija— conquistaba la palma del martirio.

En esos momentos, Lorenzo Ruiz se convertía nada menos que en el protomártir filipino. Un siervo de Dios que tuvo el privilegio de ser beatificado en su país de origen.

Hasta hace algunos años era tradición que todas las ceremonias de beatificación y canonización se celebrasen dentro del Vaticano.

Por vez primera en la historia de la Iglesia, el Papa Juan Pablo II realizó una beatificación fuera de los muros de la Ciudad Eterna, correspondiéndole el honor a Lorenzo Ruiz quien, junto con otros compañeros de martirio, fue beatificado en Manila en febrero de 1981.

Pocos años después, en octubre de 1987, Juan Pablo II canonizaba al protomártir filipino, quien, desde entonces, es venerado por sus compatriotas con el culto debido a un santo.

En el momento en que los católicos de todo el mundo veneran en los altares a San Lorenzo Ruiz están reconociendo implícitamente cómo la semilla del Evangelio sembrada por España y por la Iglesia en el Nuevo Mundo dio frutos al ciento por uno.

Y es que, aparte del filipino San Lorenzo Ruiz, son seis los nacidos en tierras de Hispanoamérica que han alcanzado ya la categoría de santos. Ellos son: San Martín de Porres y Santa Rosa de Lima (peruanos); Santa Mariana de Jesús y San Miguel Febres Cordero (ecuatorianos); San Roque González de Santa Cruz (paraguayo) y San Felipe de Jesús (mexicano).

Esto tiene una gran importancia, especialmente ahora que estamos en vísperas de que, en 1992, se celebre el medio milenio del inicio de la evangelización del Nuevo Mundo.

El hecho de que en tierras de América y Filipinas hayan nacido héroes de un temple excepcional cuya santidad ha sido reconocida por la Iglesia, significa que aquella gran empresa misionera, tan generosamente impulsada por los reyes de España,

que una de las empresas más gloriosas dentro de la historia de la humanidad.

Y eso que —debido a las razones de brevedad exigidas por este trabajo— omitimos mencionar la extensa lista de beatos y siervos de Dios nacidos en Hispanoamérica que se encuentran también a un paso de los altares.

Como detalle digno de meditarse diremos cómo en el caso del martirio de San Lorenzo Ruiz encontramos un paralelo entre México y Filipinas.

El primer mexicano que subió a los altares fue, como antes dijimos, San Felipe de Jesús, quien —después de haber vivido un tiempo en Filipinas— fue martirizado en Nagasaki (Japón). Y el primer filipino protomártir del catolicismo, San Lorenzo Ruiz fue también en Nagasaki donde ganó la palma del martirio.

Al hablar de Filipinas como nación hispanocatólica en pleno Océano Pacífico sale siempre a tema el hecho de que en aquel país se esté perdiendo el idioma español.

Si analizamos superficialmente la cuestión, lo más fácil será echarle la culpa a los Estados Unidos acusándolos de haber impuesto el inglés como dictadura lingüística una vez que España dejó de tener soberanía sobre el archipiélago.

Por lo pronto habrá que empezar hablando de la difícil geografía de un país disperso integrado por más de siete mil islas e islotes, lo cual hizo muy ardua la empresa de castellanizar el territorio.

Y es que no es lo mismo controlar una amplia extensión de tierra firme que andar saltando de islote en islote y, cada vez que esto se hacía, empezar de nuevo la etapa que se acababa de concluir.

Otro punto importante es que —a diferencia de lo ocurrido en otros territorios del imperio español— hasta las Filipinas no solían ir familias, sino que más bien llegaban frailes y soldados.

No olvidemos que durante mucho tiempo se consideró a las Filipinas como una especie de base militar y religiosa desde la cual habrían de partir soldados y misioneros hacia la conquista del lejano Oriente.

Me duda cabe que el hecho de que —a diferencia de lo ocurrido en México o en el Perú— no se hubiese establecido un tejido social a base de familias allí establecidas, contribuyó en mucho a que los nativos no se castellanizaran.

El catedrático Rafael Bernal, quien estuvo varios años en Filipinas estudiando este problema, nos dice al respecto:

«Todo lo que no sea la ciudad de Manila se abandona prácticamente en manos de los conventos de misioneros, los españoles tan sólo van a las provincias, una vez al año a cobrar los tributos...

»En Manila se levantan murallas formidables, dentro de las cuales, la zona llamada 'intromuros', no pueden vivir naturales ni chinos...

»En Filipinas, en el campo, las costumbres españolas, fuera de las aportadas por la religión, no permean ni se logra establecer el idioma.

»Durante los primeros años de la conquista y pacificación, el filipino no aprende el español, porque tiene pocos tratos con el 'castila'. Posteriormente los mismos frailes, celosos de su poder sobre los pueblos de naturales, se opondrán a la enseñanza del castellano para seguir siendo siempre el mediador indispensable entre las autoridades de Manila y el pueblo» (11).

Ahora bien, hay que reconocer el hecho de que, en los últimos años del siglo XIX y primeros del actual, el idioma español llegó a un florecimiento fuera de lo común.

En esa época destacan una serie de literatos filipinos que escribieron en lengua española sus mejores obras:

† Julio P. Hernández (1880-1917) el único filipino cervantista quien, en 1905, publicó en Llolo un cuento titulado «¿Qué fue de Sancho Panza después que murió Don Quijote?».

† Tirso de Irueta Goyena (1888-1918) quien en 1917 publicó un volumen titulado *Por el idioma y cultura hispanas*, que constituye una de las más ardientes defensas del hispanismo en Filipinas.

(11) *México en Filipinas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1.ª edición, México, 1965, pág. 99 y 100.

† Manuel Rávago (nacido en 1870) quien siendo niño empezó a escribir en la Revista católica. Desde el primer momento acreditó su inclinación por los clásicos y en especial por los místicos. Sus obras están impregnadas de un espíritu profundamente cristiano.

† Y, de manera muy especial, el poeta y héroe de la independencia José Rizal (1861-1896) quien en sus novelas *Noli me tangere* y *El filibusterismo* habla de aquellos años tormentosos.

En su novela *El filibusterismo*, Rizal —quien, por cierto, escribió toda su obra en español— toca a fondo este problema. El autor nos pinta el caso de un grupo de universitarios —ferventes partidarios de la independencia— que deseaban una Academia de castellano. Y es aquí donde se dio el caso paradójico de que fueran las propias autoridades coloniales españolas las que frustrasen el proyecto.

En dicha obra, José Rizal interpreta fielmente las tesis que defendían ambas tendencias, tanto de quienes deseaban la castellanización del archipiélago como de quienes se oponían.

Quienes estaban a favor pensaban, según Rizal, más o menos de la siguiente manera:

«¿Acaso se tema que comprendamos las leyes y las podamos obedecer? ... ¿Qué será de Filipinas el día que nos comprendamos unos a otros?» (12).

En cambio, quienes se oponían replicaban de un modo despectivo que representa fielmente Rizal al poner en labios de uno de sus personajes las siguientes frases:

«Los indios no deben saber castellano... No deben saberlo porque luego se meten a discutir con nosotros y los indios no deben discutir, sino obedecer y pagar... No deben meterse a interpretar lo que dicen las leyes ni los libros...

»... aquí no se trata solamente de la enseñanza del castellano, aquí hay una lucha sorda entre los estudiantes y la Universidad de Santo Tomás; si los estudiantes se salen con la suya,

---

(12) *El Filibusterismo*, Casa Editorial Maucci, 1.ª edición, Barcelona, 1911, pág. 162.

nuestro prestigio queda por los suelos, dirán que nos han vencido y ¡adiós fuerza moral, adiós todo! Roto el primer dique, ¿quién contiene a esa juventud? Con nuestra caída no haremos más que anunciar la de ustedes. Después de nosotros, el gobierno» (13).

Esto tiene una explicación lógica.

Las miles de islas que forman el archipiélago eran algo similar a una Torre de Babel. Más de cien dialectos se hablaban en todas ellas: subgvanon, samarnon, bikol, pampagno, ilokano, pangasinan, negro magindanao, tagalo, etc., tan sólo por mencionar unos cuantos.

Pues bien, los caudillos insurgentes —con el propósito de aglutinar a todos los habitantes del archipiélago en contra de España— recurrieron al idioma.

Y fue así como se dio la paradoja de que se combatía contra España, se pugnaba por una nación independiente y para ello se pretendía que el aglutinante principal fuese el idioma español.

Esa es la explicación por la cual en aquellos años el castellano haya alcanzado un florecimiento tan fuera de lo común.

Ahora bien, una vez que España perdió la soberanía sobre las Filipinas, este afán por el idioma castellano fue disminuyendo paulatinamente.

Y fue así cómo uno de tantos dialectos, el tagalo, que se hablaba en la isla de Luzón —la más importante del archipiélago— se fue imponiendo sobre los restantes hasta convertirse, junto con el inglés, en lengua oficial.

Cuánta razón tiene don Gregorio Salvador, miembro de la Real Academia Española, al decirnos que «no se puede hablar estrictamente de un 'notable retroceso' o de una 'paulatina desaparición' del español en Filipinas como si el español hubiese sido la lengua de aquel país en otro tiempo, que no lo fue. Fue la lengua de la Administración y de la minoría indígena ilustrada que luchó por la independencia. Era el idioma que pudo haberle dado cohesión nacional a las siete mil islas del archipiélago y las ciento once etnias que lo habitan. Pero en la colonización es-

(13) *Idem*, págs. 123 y 124.

pañola se antepuso siempre la evangelización a la castellanización y los misioneros aprendieron las lenguas indígenas sin intentar extender la propia. De ahí que la cohesión al país sea de la religión, con un 86 % de católicos, no es español con ese 2 % de hablantes que antes dije» (14).

El idioma castellano, nave a bordo de la cual llegó la fe cristiana hasta las Islas Filipinas va desapareciendo poco a poco, del mismo modo que también fue desapareciendo en el mar la estela que dejara tras de sí el último galeón que, con rumbo a Manila, saliera de Acapulco un nostálgico día del año 1815.

Preocupados por este fenómeno, las autoridades filipinas hacen intentos para que la lengua castellana no se pierda del todo y eso explica el que hace algunos meses Raúl Manglapus, ministro de Asuntos Exteriores, haya instado a sus diplomáticos a que aprendan cuanto antes el español ya que, según el mismo explicó *«tenemos otra familia a la cual pertenecemos. Tenemos que recordarlo y revivir nuestros lazos»*.

Quizás con ello se dé un cierto viraje a la reforma que en 1987 se le hizo a la Constitución en el sentido de que el español dejase de ser asignatura obligatoria en las escuelas y universidades.

El hecho es que hoy en día si Filipinas forma parte del mundo hispánico esto se debe no tanto a una lengua que —debido a la falta de inmigración de familias— nunca llegó a enraizarse como debiera.

Más bien, si Filipinas forma parte del mundo hispánico, esto es debido a que cerca del 90 % de sus habitantes profesan la religión católica.

Un caso único allá en el lejano Oriente.

Es tal la importancia que las Filipinas tienen para la Iglesia católica que dicho país ha sido visitado por dos papas en poco más de diez años: Paulo VI en noviembre de 1970 y Juan Pablo II en febrero de 1981.

Asimismo la jerarquía eclesiástica cuenta con dos sedes cardenalicias que son Manila y Cebú, regidas actualmente por los

(14) Artículo publicado en el diario madrileño ABC, el sábado 14 de julio de 1990.

eminentísimos cardenales Jaime L. Sin y Ricardo Vidal, respectivamente.

Pocas horas antes de morir, el papa Juan Pablo I recibió en audiencia a un grupo de obispos filipinos y a ellos les dijo lo siguiente: *«Somos conscientes de que Filipinas tiene una gran vocación de ser la luz de Cristo en el lejano Oriente: a proclamar su verdad, su amor, su justicia y salvación con la palabra y con el ejemplo entre sus vecinos los pueblos de Asia».*

De este modo Filipinas constituye la gran esperanza de la Iglesia católica, ya que está destinada no sólo a ser un puente cultural entre Oriente y Occidente, sino a transformarse a mediano plazo en la nación evangelizadora de los pueblos paganos de Asia y Oceanía.

Claro está que antes de cumplir con dicha vocación misionera, preciso será que Filipinas madure en el conocimiento y práctica de su fe hasta lograr un desarrollo pleno que le permita pasar de la categoría de evangelizado a la categoría de evangelizador.

Quizás esto explique el sentido del mensaje que Juan Pablo II dirigió a los filipinos cuando estuvo entre ellos:

«Nuestros hermanos y hermanas de Filipinas han querido y siguen queriendo de modo particular a Cristo niño: el Santo Niño.

»Ni duda cabe que el papa hacía clara alusión a la veneración que aquel pueblo siente por el Santo Niño de Cebú.

»“Los hombres”, añadió el Sumo Pontífice, «no pueden saber con qué metro la Providencia divina, en sus designios inescrutables, quiere medir el crecimiento de ese Niño en la sabiduría de los pueblos del Extremo Oriente, en los años que pasan y las generaciones que se suceden y, en fin, en la misteriosa historia del desarrollo de la gracia divina, mediante la cual crece el reino de Dios en el corazón de cada hombre y en la historia de la humanidad».

Feliz comparación ya que el catolicismo de los filipinos bien podría compararse con un niño que se desarrolla rápidamente y que está destinado a ser un dinámico difusor del Evangelio como también en su día lo fueron sus ancestros mexicanos y españoles.